

EN MEMORIA

CAD 923.5

DE

GABRIEL REYES PATRIA

GENERAL DE COLOMBIA

BOGOTÁ

Imprenta de Medardo Rivas

1884

GABRIEL REYES PATRIA.

La época en la cual este distinguido ciudadano vivió, fué para la República de lucha, de combate, de grandes hechos, de admirables virtudes, de guerras, de horrores, de matanzas, de progreso y de luz; y al través de los tiempos, cuando la calma venga, las pasiones se extingan y las verdades proclamadas por esta generación sean por todos reconocidas, y las reformas planteadas por el partido liberal sean la base de la República en el porvenir, entonces se averiguará con empeño quiénes fueron los nobles servidores de la democracia, los valerosos campeones de esta causa, y la historia recogerá con veneración y con gratitud el nombre del General **Gabriel Reyes Patria.**

En medio de las guerras civiles la República se ha engrandecido, porque estas guerras no son, como se les ha querido llamar, guerras de hermanos, sino combates de ideas, luchas de principios, y han sido necesarias para la nación, como lo fué la guerra de la Independencia; guerra que hubiera sido infecunda é inútil si, emancipada Colombia de la España, no se hubiera fundado el imperio de la democracia y conquistado la libertad. Y en cada guerra, en cada revolución por la que ha pasado la República, ha triunfado una idea, se ha afirmado un principio, se ha acabado con una vieja institución colonial, se ha abatido un vicio social ó condenado una preocupación; y así, de escalón en escalón, resbalando, esc sí, entre sangre, la nación ha conquistado un puesto digno en la democracia, y ha tomado, al fin, posesión pacífica y pública de los destinos á que está llamada en el nuevo continente.

Valerosa fué la Francia en su lucha contra la Inglaterra en defensa de su independencia, heroica peleando contra el Austria, terrible invadiendo la Alemania, famosa luchando contra España y ocupando la Holanda; pero grande en la historia, grande para la humanidad, sólo es la Francia de la Revolución; cuando entre los rayos y el horror de una espantosa tempestad proclamó los Derechos del hombre, derrocó los tronos, abatió la nobleza, atacó el fanatismo,

exaltó la filosofía, emancipó al pueblo, derrumbó las tradiciones, desencadenó el pensamiento, engrandeció las conciencias y estableció, al fin, el derecho público, base de la sociedad moderna, y al cual se someten hoy todas las naciones de la tierra.

Estas épocas son terribles para la generación á la cual, providencial ó casualmente, toca atravesarlas, como es terrible para una caravana en el desierto atravesarlo en los momentos en que el *simoun* despliega sus quemantes alas; pero ellas no pueden detenerse, como no puede esquivarse el huracán; están en la naturaleza, y sólo los débiles, los cobardes y los egoístas pueden dejar de tomar parte en la salvación de la caravana, ó en las luchas políticas y sociales del país en que viven y de la patria á que pertenecen.

Increparle á la América como una falta sus luchas, sus combates y sus guerras, es renegar de lo más grande que haya en la historia: es condenar á la Grecia porque derramó la sangre en Maratón y en Platea por defender su libertad contra la Persia; es condenar á Atenas porque no se sometió al prestigio de Alejandro; es condenar á Roma porque echó de ella á los Tarquinos; es censurar las guerras de la República contra los Césares y maldecir de Catón; es culpar á los ingleses por haber pasado siglos enteros en luchas intestinas para conquistar

SU MAGNA CARTA y lograr que su país fuese la nación más grande del mundo ; es manchar el rostro de Riego con su propia sangre ; es condenar la guerra que Lincoln encabezó contra los Estados esclavócratas del Sur, y justificar á su asesino ; es, en fin, llenar de lodo los sepuleros de los mártires á quienes la patria ha de levantar altares.

Desde 1850 la República ha atravesado un período de guerras terribles é incesantes, pero hoy es más libre, más grande, más respetable y más rica que en aquella época ; y aceptadas ya las instituciones nacionales, que tanta sangre y sacrificios han costado, justo es que al caer uno de sus más entusiastas y leales servidores, la sociedad se detenga un momento para tributarle un homenaje digno de sus merecimientos.

Haber peleado en Colombia desde 1850 para acá ha sido ganar la batalla de los infelices negros contra la esclavitud ;

Ha sido igualar la justicia para los ricos y para los pobres, haciéndola gratuita ;

Ha sido enriquecer el país, aboliendo el monopolio del tabaco y permitiendo su comercio ;

Ha sido levantar el poder civil sobre el militar, y matar la hidra de las dictaduras americanas ;

Ha sido imponer la majestad de la soberanía

del pueblo, y dejar á la religión su imperio místico y sagrado ;

Ha sido aliviar al pueblo de la obligación de pagar el diezmo de su trabajo, y dejar á la Iglesia las oblacones voluntarias ;

Ha sido emancipar el pensamiento y hacer libre la conciencia ;

Ha sido abolir la contribución de sangre ;

Ha sido regularizar la guerra, sujetándola á las prescripciones civilizadoras del Derecho de gentes, y contener así sus horrores, las represalias, las venganzas y las carnicerías ;

Ha sido fundar las enseñanzas de la ciencia á la altura de la civilización moderna, y mecer la cuna de los grandes ciudadanos ;

Ha sido emancipar al pueblo de la esclavitud, de la ignorancia y del vicio, estableciendo la educación gratuita y eficaz ; y

Ha sido abatir el cadalso político, al cual hubieran subido, sin duda, los más distinguidos miembros del partido conservador en 1851 ; los más bravos de nuestros militares en 1854 ; todos los prisioneros de uno y otro bando en 1861, y los que hoy defienden la causa conservadora en la prensa, en la tribuna, en las cámaras, y á quienes la suerte fué adversa en la guerra de 1876.

Con cada una de estas victorias, cada uno de

los triunfadores es acreedor, á su muerte, á una corona de encina, como acontecía en la antigüedad ; y tantos beneficios comunes, y esta sangre ahorrada, y estas lágrimas enjugadas merecen la gratitud de los pueblos.

Por nuestra parte, conmovidos profundamente con la muerte del General **Gabriel Reyes Patria**, como el soldado que en el campo de batalla ve caer á su hermano en armas, sólo podemos evocar algunos recuerdos gloriosos de su vida, y trazar algunos rasgos que quizá recogerá la Historia, porque son dictados por la imparcialidad, el respeto y la admiración.

El 17 de Abril de 1854 el cañón de la madrugada anunciaba á la capital que acababa de consumarse una revolución hecha por el elemento conservador más vigoroso que conocieron las sociedades antiguas, y que hoy ha venido á ser un elemento perturbador en la marcha pacífica y progresista de la nueva sociedad, por el ejército. El 17 de Abril era para Colombia como el 18 Brumario para Francia, acabando con la República para establecer el Consulado y después el imperio de Napoleón ; era *el 2 de Diciembre* asesinando al pueblo para proclamar el imperio de Napoleón III ; era Pavía disolviendo el Congreso de la República Española para dar el Reino de España á Don Alfonso XII ; era lo

desconocido y bárbaro de la América estableciendo á Rosas ó á Melgarejo; era una revolución hecha por el ejército y encabezada por el General José María Melo, Comandante general.

La sociedad quedó por unos momentos aterrada, por lo imprevisto de tal acontecimiento; pero en Colombia, en todos los partidos hay un sentimiento de dignidad que hace imposibles las dictaduras; en todos los ciudadanos un orgullo que les impide humillarse; y de tal manera se juega con la muerte, que á nadie se atemoriza con las bayonetas ni se aterra con los males de la guerra; al contrario, á la guerra se le da entre nosotros el carácter de una fiesta, en la cual tienen su puesto de honor los más distinguidos ciudadanos de uno y otro bando.

Al mes cabal de proclamada la dictadura en Bogotá, venían ya á combatirla dos lucidos ejércitos; uno levantado en el Sur por los Generales París y López (del primero de estos ciudadanos nos tocó el honor de ser su Ayudante general), y otro en el Norte por los Generales Herrera y Franco.

Entre los muchos jóvenes entusiastas, generosos y valientes que habia en este ejército, **Gabriel Reyes Patria** no tenía otro título para distinguirse, que el de ser hijo del venerable patriota Juan José Reyes, á quien el Libertador, por sus ser-

vicios, llamó "Patria"; prócer de la Independencia, y una de las glorias que hasta entonces brillaban en el cielo de la República; mas pronto la casualidad lo hizo conocer.

Los dos ejércitos, el del Sur y el del Norte, debían reunirse en la Sabana de Bogotá para dar una batalla campal contra la dictadura; pero un aciago incidente hizo que los Generales Herrera y Franco dispusieran un ataque contra la ciudad de Cipaquirá, cuya comandancia estaba á cargo de un magnífico militar, el General Juan de Jesús Gutiérrez, quien la había fortificado y héchola inexpugnable, y quien la defendió con el mayor brío é inteligencia. Contra la ciudad se estrelló todo el ejército del Norte: al pié de sus altas torres cayeron, como espigas segadas por la segur de la muerte, los más nobles jóvenes; en una de sus calles, por las que corrió sangre valerosa, quedó el cadáver del General Franco; y rechazado y diezmado el ejército, tuvo que retirarse y seguir su marcha para la Sabana.

Cuando Gutiérrez, con sus húsares, vió que dejaban la plaza, y que el ejército se retiraba, se propuso darle una carga de caballería y derrotarlo. Los más audaces de entre los jóvenes del ejército constitucional le hacen frente, la lucha á lanza se hace formidabile, y **Gabriel Reyes**, en campo abierto, se enfrenta con Gutiérrez, lo hieco, de-

tiene el empuje de la caballería y salva su ejército. Desde ese día la nación supo que en las venas de ese joven corría también la sangre de los héroes.

Los ejércitos que en un mes se habían levantado contra la dictadura, si bien eran numerosos para justificar la honra y la dignidad del país, eran sólo la obra del entusiasmo, del patriotismo y del amor á la libertad : se componían en su mayor parte de esos jóvenes filósofos que desde 1850 venían encabezando una propaganda contra el ejército y contra las viejas instituciones del país; que estaban inspirados por las ideas de los *Girondinos* franceses, y, como ellos, prontos á salir á la defensa de su causa y á morir por ella ; pero que no habían oído silbar una bala, ni comprendían ni aceptaban la disciplina militar, y que todo lo confiaban al valor personal y á la justicia de su causa. Estos ejércitos colectivos no tenían armas, les faltaban municiones, y al primer revés que experimentaron, comprendiendo su impotencia, el del Norte se disolvió en Tiquisa, á pesar de los esfuerzos de sus dignos jefes, y el del Sur se devolvió de la Sabana, y reducido á un grupo de valientes que rodeaban al General París, llegó á Honda, en donde se hizo fuerte, y fué el núcleo que sirvió para allegar á todos los que andaban dispersos, para que se constituyese el Gobierno legítimo, ejercido por el General

Herrera, y para que en toda la Nación se supiese que aun flameaba la bandera de la legitimidad.

Entonces fué cuando principió la dura campaña de los constitucionales, en la cual, con igual valor, se vió trabajar á los liberales y á los conservadores, luchando en todo el vasto territorio de la Nación, ahogando los gérmenes dictatoriales que por donde quiera aparecieron, peleando en todas las poblaciones, recorriendo las ardientes costas y los páramos helados en busca de armas, y levantando batallones para volver sobre Bogotá á combatir al Dictador. Entonces el General José H. López realizó prodigios en el Sur, y trajo, á su despecho, á las legiones que habían proclamado la dictadura, á combatirla y á vencerla. Entonces el doctor Ospina y Pabón levantaron en Antioquia batallones que, á las órdenes de Enao, Giraldo y Manuel Suárez, vinieron á dar el triunfo en Bosa; entonces los Generales Herrán y Mosquera se embarcaron en Nueva York y trajeron armas para defender la Constitución; entonces salieron á refrescar sus laureles los egregios Vélez y Ortega, y Patria volvió á empuñar su poderosa lanza; entonces nació Santos Gutiérrez para la gloria, y Cándido Rincón se hizo inmortal en la memoria de los pueblos del Norte; entonces Julio Arboleda se hacía el héroe de un romance; entonces los Reyes, los Niños,

los La Torre, ofrecían su fortuna para rescatar la libertad ; y todos los jóvenes del Norte, peleando en el Cornal, en Pamplona, en Petaquero y en mil combates de todos los días, parecían multiplicarse y disputarse en las batallas los honores del triunfo ; y en muchos de estos combates se oía el nombre de **Gabriel Reyes Patria**. Este tiempo, que duró siete meses, fué de crueles penas para los constitucionales, pero de gran gloria para el país, gloria que á todos cobijó, como cubre á todos la gloriosa bandera de la República por la cual combatieron.

Volvemos á encontrar al joven **Gabriel Reyes Patria** en el ejército que el General Mosquera trajo para sitiar á Bogotá, compuesto de los ejércitos de la Costa, que mandaba el General Camilo Mendoza, y del Norte, que mandaba el General Tomás Herrera. Viene **Reyes** como Coronel, y manda la 1.^a BRIGADA de la 2.^a DIVISIÓN, compuesta de los batallones TUNDAMA, formado por los voluntarios de aquella provincia y mandado por Francisco Olarte, y LIERES, levantado en García Rovira con el eficaz auxilio del Gobernador de aquella provincia, señor Eustorgio Salgar, por Medardo Rivas, y mandado por él mismo.

La batalla se dió el 4 de Diciembre, y hé aquí lo que en el parte de ella dijo el General en Jefe,

Tomás C. Mosquera, con relación á los batallones LIBRES y TUNDAMA que formaban la Brigada del **Coronel Gabriel Reyes** :

“ Subimos, dice, con el General Herrán, para examinar si el enemigo se movía, y conocimos que era indispensable no perder momentos. Puse á órdenes del General Herrera los batallones 1.º y 6.º de línea, LIBRES y TUNDAMA, para que emprendiese el ataque en las manzanas que están entre Carrera de Margarita (al pie de la quinta de Espinosa), Barinas y Bárbula, y el camellón de las Nieves, y al Coronel Díaz le ordené que con el batallón Vélez avanzase por las carreras de Yarumal, Majagual y Chire, para tomar una trinchera que estaba en la esquina de la carrera de Chire y Pamplona (en dirección de la plaza de San Francisco). Con mucho denuedo condujo la primera columna el General Herrera, y al llegar á la esquina de la carrera de Pamplona y Bárbula, fué mortalmente herido, y lo reemplacé con el Coronel Weir, con orden de ocupar la carrera del Norte y apoderarse de las manzanas que hay entre la carrera de Tarquí, San Félix y Bocachica (en dirección á San Diego). En Seguida dispuse que el Coronel Weir fuese relevado por el General Camilo Mendoza, y que el batallón 6.º se dirigiese por la carrera de Barinas para proteger á TUNDAMA, que, á órdenes del Teniente Coronel Olarte

y el Mayor Vieco, BAJO LA DIRECCIÓN DEL CORONEL **Gabriel Reyes**, había avanzado hasta la carrera de Matalamiel. Mi Ayudante de Campo, Teniente Coronel Ricardo Vanegas, condujo una columna y llevó órdenes al General Mendoza SOBRE EL MODO COMO DEBÍA OBRAR PARA TOMAR LAS CASAS QUE ESTÁN SOBRE LA PLAZA DE SAN DIEGO; y recibí á poco aviso de que el TENIENTE CORONEL OLARTE (Comandante del TUNDAMA) estaba mortalmente herido, é igualmente mi Ayudante de Campo, Vanegas.

Entre tanto las guerrillas de Guasca, á órdenes del Teniente Coronel Ramón Amaya, apoyaban por el Este el ataque que hacía por el Sur la 4.^a Compañía del batallón 6.^o El fuego era bien sostenido y al presentar una bandera blanca en San Diego, ordené que el BATALLÓN LIBRES, con los Jefes José de D. Ueros y Medardo Rivas, se dirigiese por la carrera de Mariquita á la del Norte, y que el General Camillo Mendoza, por dentro de las casas, atacase las fuerzas que estaban en el Hospicio y la Tercera.

El General Mendoza quedó herido de muerte al ejecutar las órdenes que le dí de tomar las casas del Hospicio y la Tercera, y desde entonces fui personalmente á dirigir el asalto sobre San Francisco, y ordenar las operaciones del Centro. Mandando á la quinta de Bolívar como 400 hombres, que fueron

aprehendidos en San Diego con su Jefe el ex-Coronel Ramón Acevedo. HICE MARCHAR EL BATALLÓN LIBRES por la alameda de San Diego á San Victorino y REFORCÉLO CON TUNDAMA, para que atacase el Colegio de San Buenaventura (la parte occidental del Convento de San Francisco) por la espalda, y entrasen por allí al Convento de San Francisco. Cuando dictaba estas órdenes, llegó el General Herrán á la plaza de San Diego, y le informé que había perdido los dos Comandantes en Jefe, y que yo personalmente dirigía el asalto y recorrería toda la línea, y que tomando aquel punto iba á hacer venir un cuerpo de caballería que apoyase la retaguardia.

Revisé toda la línea hasta encontrarme con las tropas del Sur en San Victorino: mandaba allí la infantería el Coronel Viana, y la caballería el General Espina.

Mis órdenes fueron cumplidas en el ejército del Norte con toda exactitud, y el ataque era tan vigoroso, que el enemigo, viéndose circunscrito á un estrecho círculo (en el cuartel de húsares), echó bandera blanca y me mandó á Ramón Berriñas con un corneta á pedirme garantías para rendirse. El Teniente Coronel González se avanzó á recibirlo y lo condujo á mi cuartel general. *Sin esperar respuesta se avanzaron sobre la plaza de San Francisco algunas partidas.*

Ordené por medio de mi corneta que cesase el fuego, ofreciendo á los rebeldes que serían tratados con decoro y humanidad, y les garantizaría la vida por el delito de rebelión si se rendían al momento á discreción. Aceptaron mi ofrecimiento y se rindieron á los Tenientes Coroneles González y Beltrán, que entraron al cuartel con su parlamentario á hacerles la intimación, y se entregó el Dictador.”

Hé aquí nuestros recuerdos.

El día 3 de Diciembre llegó este ejército al frente de la ciudad, y entre el General Herrán, Comandante general del ejército unido, y el General Tomás C. de Mosquera, Jefe del ejército del Norte, se acordó la forma y la hora en que el ataque debía principiar al día siguiente.

Pero el ejército del Sur había ya peleado en Bosa y las Cruces, y conquistado sus jefes glorias que brillaban en toda la República, y el General Mosquera necesitaba eclipsarlos, y que la toma de Bogotá se debiese á su ejército, que estaba impaciente por pelear; que él fuese el primero que llegara á la plaza de la Constitución, y que fuera á él á quien el Dictador se rindiese. Por eso se ordenó el ataque más rudo, más temerario y más terrible que un General puede ordenar; por eso el General Herrera cayó á pocos momentos al tomar la vanguardia;

por eso murieron el General Mendoza, Caro y muchos otros, peleando contra las paredes; por eso murió Francisco Olarte á nuestro lado, y muchos otros, en menos de un cuarto de hora; por eso el inmenso mayor número de muertos y heridos que del ejército del Norte hubo, en comparación con el del Sur, y por eso cuando la tropa dictatorial, que estaba en San Diego y en la casa de la esquina del hoy "Parque del Centenario," resistía enérgicamente, el General Mosquera ordenó á la brigada que mandaba **Gabriel Reyes Patria**, que antes de diez minutos entregara rendidos esos fuertes, lo que se verificó así, cayendo prisionero el General Ramón Acevedo con cuatrocientos veteranos, y el renombrado maestro León, que murió á la cabeza de los artesanos.

Gabriel Reyes iba ese día á caballo, expuesto más que ningún otro á los tiros certeros que de todas las casas le lanzaban, y tan impávido como si estuviese en un salón, mandaba sus dos batallones, atendía á todos los puntos, advertía los claros que la muerte hacía en las filas, animaba á los soldados; y así atravesó desde San Diego por toda la alameda. Llegó á la esquina de la Capuchina, en donde encontró al General Mateo Viana, que con su tropa pugnaba por subir por la *Calle de los Carneros*; pero la empresa parecía imposible, porque al frente mis-

mo estaba el *Cuartel de húsares*, centro de las operaciones del General Melo, de cuyos balcones, que la cubren, bañaban de balas la angosta calle. La rivalidad de los dos jefes de distintos ejércitos que se encontraban encargados de la misma comisión; el orgullo de ser los primeros que tomaban el formidable cuartel, el ardor bélico encendido en ambos corazones, el vértigo, quizás, hizo que se disputasen las hazañas, que fuesen temerarios, heróicos; y **Reyes**, como Augereau atravesando el puente de Arcola, se fué por el medio de la calle recibiendo todos los fuegos. Los batallones tomaron el Convento de San Francisco, y no se detuvieron hasta que los húsares, desde los balcones del cuartel, no gritaron que se rendían, arrojando las armas, las capas y los morreones á la calle.

; Momento de suprema embriaguez, de inmenso júbilo, que todavía hace latir el corazón del viejo soldado que vió á **Reyes** hacer ese día admirables proezas!

El 4 de Diciembre de 1854 quedó restablecido el Gobierno constitucional, abolida la más fuerte de las instituciones conservadoras — el ejército; desacreditada para siempre la Dictadura; y probado, además, que los mejores ciudadanos, como **Gabriel Reyes Patria**, son también en la República los mejores Generales.

Es necesario reconocer que el engrandecimiento de la Nación se debe no sólo á los triunfos que ha obtenido la libertad, sino también al desarrollo de la riqueza pública y á los progresos que la industria ha hecho en el país, formando de poblaciones miserables ciudades opulentas, estrechando la comunicación entre las diversas regiones del vasto territorio, y enviando al comercio del mundo el oro, el tabaco, la quina, las taguas, el café y los demás productos de esta tierra, tan admirablemente dotada por la naturaleza, y apenas explotada en sus inmensos tesoros tropicales.

Además, en el siglo en que vivimos, y en la época á que pertenecemos, todo hombre está en el deber de levantar una familia y de formar una fortuna independiente, que pueda darle dignidad y apartarlo de las tentaciones á que están sujetos los que confían su porvenir y el de sus hijos al mar agitado de la política americana.

De los jóvenes filósofos que triunfaron el 4 de Diciembre, unos fueron á abatir las inmensas selvas del Magdalena; los otros á derribar los árboles seculares de quina; éstos á cultivar café; y aquéllos, en fin, á animar el comercio, de manera que la República se ha transformado, el tráfico ha centuplicado, las rentas públicas han triplicado; y puede asegu-

rarse que la generación que ya se extingue ha sacado bien su tarca económica y social.

A **Gabriel Reyes** le tocó en suerte, ó por propia elección, ir á las llanuras magníficas de Oriente, al vasto desierto de Casanare, en donde está el porvenir de Colombia, y que es una región de luz, de fuego, de tigres, de serpientes, de peli-gros, en donde pastan millares de ganados alzados en praderas sin límites, atravesada por rios cauda-losos que semejan mares; en donde hay tribus de hombres salvajes y errantes que andan desnudos, que ignoran el nombre de Cristo y atacan á los hom-bres civilizados, y en donde los que así se llaman son los *centauros del Nuevo Mundo*, los llaneros indómitos, guerreros discolos y altivos. A esa tierra descono-cida como el Africa, ardiente como la Siria, enfer-miza como el Senegal, desierta como Saara, pero iluminada por un sol de fuego, fértil, hermosa, fe-cunda, espléndida, magnífica, fué á buscar fortuna el Coronel **Gabriel Reyes**, formando una vasta asociación con los señores Rafael Niño y Joaquin y Luis Reyes.

Allí, en presencia de esa naturaleza gigante, trabajando de día sin descanso, atravesando á nado los rios que tienen pescados que matan al contacto ó que devoran en un instante; sufriendo la fiebre, arrostrando los peligros y la muerte que en todas

partes oculta ó manifiesta está; y por la noche contemplando el magnífico espectáculo de un cielo eternamente azul y tachonado de innúmeras estrellas, que reflejan sobre las aguas estancadas, la luna atravesando el cielo y enviando su luz á las inmensas soledades, mientras que el desierto gime con esa voz solemne y cavernosa que no devuelven los ecos, y que es triste como si viniera de la eternidad, allí formó **Gabriel Reyes** su carácter enérgico, elevado, noble y valeroso.

Es preciso haber pasado en las magníficas soledades del Nuevo Mundo largos años para comprender cuánto el alma se eleva y cuánto el hombre se engrandece en presencia de la naturaleza! ; Cuán pequeñas son las tempestades políticas, y cuán pálidos los dramas humanos, comparados con las terribles tempestades de la naturaleza y los dramas sublimes que á nuestros ojos se desarrollan á cada instante! Y ; cuánto amor y qué tesoros de ternura el corazón acumula para los hermanos, los compatriotas, los que se llaman nuestros enemigos, y que son, como nosotros, peregrinos extraviados en el desierto de la vida!

Quizás la vida que allí llevó **Gabriel Reyes** le sirvió para encontrar después toda campaña fácil, todo trabajo llevadero, todo peligro pequeño, y para haberse distinguido por lo sufrido en el

ejército, lo audaz en las batallas, lo sencillo de su carácter y lo generoso con los prisioneros y con los vencidos.

Pero también esto influyó, sin duda, para que adquiriera ideas que la sociedad actual no acepta, y que el porvenir justificará ó rechazará cuando, unidos los pueblos, confundidas las costumbres, acercados los lugares, identificados los intereses, y juzgada la historia á la luz de la ciencia, se disipen los errores, se proscriban las preocupaciones, se condenen los engaños y se conozca la verdad, que sólo hoy está en el seno de Dios.

Si hubiera de juzgarse á la humanidad por los túmulos que se levantan en los cementerios, y á los hombres públicos por los honores que se le tributan á su muerte, no se comprenderían la guerra y los rencores que hay entre los humanos, ni por qué una generación entera no se ha detenido á admirar al héroe que se enaltece sobre una tumba ; pero ésta no es la verdad : esto no enseña nada á la Historia, y las generaciones que vienen se encuentran desalentadas por los vicios que parece que han invadido á la sociedad, y los hombres se creen incapaces de realizar los portentos que realizaran sus antecesores. Nosotros no queremos seguir este ejemplo al hablar de nuestro amigo **Gabriel Reyes** ; y tenemos que confesar que de todas las cualidades que

forman á un grande hombre, él sólo poseía un gran carácter.

Pero ésta fué la base sobre que él se levantó para merecer la estimación de su partido, el cariño de sus amigos, el aprecio de sus contemporáneos y el amor de sus soldados, y para prestarle á la República los más importantes servicios en el camino de la libertad.

Ensayemos trazar algunos de sus rasgos característicos.

Como con el triunfo de los *aliados* volvieron los Borbones al poder, siendo una sorpresa para la Francia, así el triunfo de los *constitucionales* del 4 de Diciembre de 1854 llevó al poder á los conservadores, siendo una sorpresa para la República. En vano Luis XVIII quiso reconciliar al pueblo con su dinastía, dar una constitución democrática, emplear algunos revolucionarios y conceder la mayor libertad á la nación; apenas murió él, la guerra comenzó entre la democracia y Carlos X, y con él acabó la dinastía. En vano el señor Mallarino, en el corto período de su administración, quiso hacer reconciliar á los partidos y colocó á algunos liberales en el poder. Apenas subió el doctor Ospina al solio, principió la guerra con el partido liberal, y pronto vino la revolución.

Cuando sonó el clarín de guerra en el campa-

mento liberal del Estado de Santander, **Gabriel Reyes**, como los antiguos caballeros, tomó su corcel y su lanza, y sin preguntar cuántos eran los compañeros, ni por qué los atacaban, se fué donde sus amigos á ofrecerles su vida y su fortuna.

Prisionero, derrotado, prófugo, combatiente, triunfador, **Gabriel Reyes** siguió todos los incidentes de ese poema heróico, juego de muerte, que sostuvo Santander; lleno de escenas interesantes, y en cuyo fondo la virtud, el valor y el patriotismo hicieron conocer cuán grande es un pueblo que combate por la libertad. La Hungría luchando con Kossouth á la cabeza contra la tiranía del Austria; la Polonia combatiendo para no ser descuartizada; el Montenegro defendiendo con sus mujeres las montañas, vienen á la imaginación al recordar aquella guerra, y para nosotros tanta gloria hay en haber muerto defendiendo las ideas de libertad en Santander, asiladas como en un templo consagrado, como la habría en morir en una guerra nacional.

Ubi libertas ibi patria.

De 1859 á 1861 las furias desencadenadas azotaron el suelo de la República: el huracán revolucionario cruzó asolando y destruyéndolo todo; y el monstruo de la guerra civil devoró vidas como una tromba marina devora insaciable todo cuanto alcanza á abrazar en un inmenso círculo.

Gabriel Reyes se vió arrastrado por el huracán, y con varia fortuna atravesó desde el Carchi al Pilcomayo con la bandera tricolor.

La ciudad de Bogotá ha tenido la desgracia de ser escogida siempre como asilo por los partidos reaccionarios, obligando á los amigos de la libertad á tomarla por asalto. Así en 1813 fué sitiada por Baraya y defendida por Nariño, quien triunfó; en 1814 lo fué por Bolívar, quien la tomó, derrotando á Alvarez; en 1854 por doce Generales contra Melo, y en 1861 por Mosquera contra los defensores de la Confederación Granadina.

El día 18 de Julio de 1861, y en medio del fragor de la batalla, hubo una hora en que las tropas de la Confederación, haciendo un esfuerzo supremo, rechazaron al ejército liberal y lo arrojaron hacia el cerro de San Diego: hora terrible en que acababa de morir José María Plata y en que cayeron muertos Joaquín Suárez, Domingo Alvarez, Bernardo Pardo y herido Faustino Ibañez, en el mismo punto y defendiendo la misma posición, y sin que pudieran resistir el ataque. Entonces pasó Santos Gutiérrez pálido, desencajado, con los ojos desmesuradamente abiertos, terrible, llevándose por delante todo cuanto encontraba, y gritando con una voz que debía oírse hasta en el campo contrario: "Adelante! Adelante! Pero un hombre solo, aun armado del rayo de

Júpiter, nada podía hacer contra el ejército que adelantaba; las filas que él abría volvían á cerrarse á lo que pasaba, y ya íbamos á abandonar nuestra posición, cuando llegó el General **Gabriel Reyes**, impávido y sereno, trayendo un grupo de hombres con bayoneta calada; y con la confianza del que sabe que quien resiste hasta morir generalmente vence, cubrió nuestra posición, animó el fuego, y obligó á los que atacaban á asilarse de nuevo en la ciudad.

Después del triunfo, cuán difícil es contener á los caudillos victoriosos!; y los que vieron al General Mosquera, bajo un Gobierno constitucional, en 1840, fusilar á los prisioneros sin oír á nadie y sin temer la responsabilidad, comprenderán el mérito del General **Gabriel Reyes** el 19 de Julio, cuando, al saber, por casualidad, que el caudillo de la revolución iba á fusilar tres prisioneros al día siguiente, fué donde él con Antonio M. Pradilla y Medardo Rivas á tratar de impedirlo; y si no lo consiguió, dejó así estampado un rasgo distintivo de su noble y enérgico carácter.

En la larga revolución de 1860 **Gabriel Reyes** ocupó los primeros puestos en el ejército, y quedó, en fin, como General de División, mandando todo el ejército en el Sur, y haciendo frente á los Generales Julio Arboleda y Leonardo Canal que

mandaban los ejércitos del Sur y del Norte de la Confederación Granadina.

Entonces se reunió la Convención de Rionegro, que debía consolidar el orden, afirmar lo hecho, expedir la Constitución del país y ratificar la revolución en nombre de la soberanía del pueblo; y entonces fué cuando el General **Reyes** envió á aquel cuerpo esa nota famosa en los anales de la República universal, insólita en la historia de los caudillos americanos, que siempre han destruído el derecho con la fuerza y alzádose con el ejército contra la soberanía nacional; nota, en fin, que es honra de la patria y orgullo de los liberales, por la cual el General **Reyes** declara que él no reconoce otra autoridad que la de la Convención, y pone, sin restricciones, el ejército triunfador á las órdenes de los delegados del pueblo.

Para estimar en el alto grado que se merece este acto de civismo del General **Reyes**, basta considerar qué hubiera sido de la República si él, cuando la patria estaba exánime y moribunda, el partido conservador extenuado y rendido por el esfuerzo heróico que habia hecho por sostener sus principios y la legitimidad, la anarquía reinando, los pueblos cansados de la larga guerra, los hombres civiles sin prestigio; qué hubiera sido, repetimos, de la República si el General **Reyes** hubiera dicho:

“ La patria para sus libertadores ! Vivan Mosquera, Gutiérrez, Lopez y todos los Generales triunfadores ! ”

El poder militar, con su prestigio mágico y su omnipotencia para regir la sociedad, se hubiera sentado en el solio de la República, y lo hubieran rodeado todos los amigos de los Gobiernos fuertes; todos los que en el mundo han acompañado á los Napoleones y á los Guzmán Blanco; todos los que maldicen hoy de la Constitución y de sus garantías; todos los que no conciben el orden sino en la fuerza del absolutismo; y tras largos años en que el General Mosquera hubiera mandado el país, cambiando de sostenedores, los otros caudillos, con títulos iguales, se hubieran levantado contra él; las aspiraciones bastardas hubieran tenido un gran campo, y la anarquía y el despotismo militar se hubieran disputado los girones de la bandera nacional.

Tocóle al General **Reyes** poner término á la revolución, cuando, después de la muerte del General Arboleda, los ejércitos de la Confederación, cansados de luchar inútilmente, y perseguidos por adversa suerte, pero dignos combatientes y heroicos como sus contrarios, capitularon en el Sur y se sometieron al Gobierno de los Estados Unidos de Colombia.

El General **Reyes** quedó así dueño de la

situación, árbitro del destino de los valientes que se le habían entregado, y Jefe militar de un Estado en donde las pasiones políticas arden siempre como la lava de los volcanes. No hubo ni un acto de arbitrariedad en el ejército, ni una queja de los vencidos, ni una lágrima vertida por una injusticia ; y el ejército se fué disolviendo sin resistencia, y los desgraciados que habían ido á pelear por la causa de sus convicciones, llenando un honroso deber, volvieron á sus hogares y al seno de sus familias, que desoladas los esperaban. El partido conservador hizo el honor debido al General **Reyes**. El ilustrado señor doctor Manuel María Mallarino decía en la Cámara de Representantes : “ Si en la República alguno debiera llevar el título de Gran General, sería el General **Gabriel Reyes**, por su conducta digna y patriótica en el Sur.” Y otro caballero repetía : “ El día en que el General **Gabriel Reyes** vuelva al Cauca, será recibido en los brazos de todos los caucanos, liberales y conservadores ! ”

Esto es hermoso.

Errónea es la opinión del vulgo de estimar los méritos de un hombre por los empleos que ha tenido y los cargos públicos que ha desempeñado, como si éstos no fueran muchas veces el premio de la audacia, de la intriga, del favor ó de la adulación al

soberano, ya sea Rey, Presidente ó Pueblo ; cuando, al contrario, el mayor mérito de un hombre está en que, teniendo virtudes, genio, valor y merecimientos, inflexible ante los vicios de sus contemporáneos ó falta de ambición como **Gabriel Reyes**, deja que otros ocupen el puesto que le corresponde, contento de no oírse nombrar sino en las horas del peligro ó en la lista de los hombres de mérito de su patria.

El que tanto había peleado en favor de su partido y de la República y tantos méritos había contraído, desapareció de la escena pública ; vinieron á ocuparla otros, y él volvió á su labor, á los desiertos de Casanare, y al trabajo de levantar una fortuna, que en Colombia es un trabajo como el de Sísifo, obligado á llevar una roca hasta la cima de una montaña para verla rodar en el instante.

En esta época de paz y tranquilidad para la República, justo era que **Reyes** saboreara la felicidad ; y el cielo, que más tarde debiera ser implacable con él como la fatalidad, mostró á sus ojos, bella, con todos los encantos de la juventud, de la gracia y de la inocencia, á una señorita bogotana, hija de un antiguo patriota y educada en la austeridad de una familia pobre, que debía su posición social al mérito de su padre, quien dirigía un colegio en Bogotá, y á las virtudes de su dulce y buena compañera.

Reyes amó á la señorita Jeorgina Escobar y la hizo su esposa, la rodeó de comodidades, la llenó de cuidados, la colmó de amor y de caricias, y principió su vida de hogar, dulce, tranquila y apacible; dicha que era interrumpida tan sólo por las forzadas ausencias que el esposo tenía que hacer á Casanare, ó cuando, por causa de la guerra, el Gobierno exigía sus importantes servicios.

Los amigos que contemplaron de cerca ese hogar dichoso; los que fueron admitidos en ese santuario en donde ardía siempre la llama del amor alimentada por la ternura y la bondad, hoy apartan la mirada de ese hogar desolado, en donde lloran una mujer hermosa y cuatro niños, hijos de un amor correspondido.

Sus amigos tenían la más alta idea del carácter personal de **Gabriel Reyes**. Algunos creyeron que se excedía en sus ideas de probidad política y que era demasiado susceptible en cuestiones de honor y muy orgulloso, lo que le enajenaba algunas simpatías; pero todos lo consideraban, justamente, como hombre honrado, exacto y pundonoroso.

Hemos dicho que daríamos á conocer algunos rasgos de su carácter.

Una noche en Tunja iba de brazo con una señorita para un baile, y ésta le había ofrecido bailar con él la primera pieza, mas al pasar por una calle

angosta y solitaria, oyeron unos quejidos lastimosos.

Reyes hace como que no los escucha y apresura el paso de las señoras, hasta dejarlas en la sala del baile.

Tocan la primera pieza, la señorita aguarda á su pareja, y no llega. Tocan la segunda, y **Reyes** no parece; y así se pasó el baile. ¿En dónde estaba? Al pie del lecho en donde había un cadáver, y consolando á una infeliz que había perdido á su madre estando sola, á oscuras y sin amparo. **Reyes** no había conocido antes á la desgraciada, y al día siguiente hizo los gastos del entierro.

Jamás un amigo se vió en una de tantas amarguras que marcan el sendero de la vida, sin que él, solícito y generoso, no le ofreciese ó ser su segundo en el duelo que debía sostener ó su responsabilidad para cuestiones de honra, su apoyo para levantarse, ó consuelo y afectos en una desgracia irremediable.

En la tremenda guerra de 1876 **Reyes** estuvo, como siempre, en donde había más peligros y más trabajos; y si en esta ocasión nos tocó estar del mismo lado pero en distinto campamento, la fama publicó que en la batalla de Garrapata su arrojo lo llevó hasta penetrar en el campo del enemigo, y que debió su salvación á la sangre fría que lo acompañaba aun en medio de las balas y del campo sembrado de cadáveres.

Al amor, con todas las efusiones de un corazón ardiente, á ese sueño de dicha y de alegría que había concebido en los desiertos, iba **Reyes** á consagrar ya su vida, llena de vigor y de energía, y para esto fué por última vez á Casanare; cuando un rayo que iluminó los cielos y que cruzó el espacio, lo redujo á cenizas.

¡Espantoso drama que pasó en la soledad!

Bogotá, Mayo 30 de 1884.

MEDARDO RIVAS.